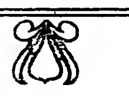
HORACIO H. DOBRANICH

Monólogos

2a. Edición



BUENOS AIRES

IMPRENTA «ARIAS» DE A. ARIAS-LANTERO

ALSINA 1031 (INTERIOR)

1917

A la memoria de mi venerado Padre Don Baldmar F. Dobranich.



ADVERTENCIA

Los monólogos que forman este libro, se han publicado uno a uno en épocas diversas y son, casi todos ellos, hijos juveniles de mis aficiones literarias.

El natural cariño que la paternidad genera, es lo que hoy me induce a reunir bajo el mismo techo a los diez vástagos; al fin y al cabo ¿quién duda ya de que "la unión hace la fuerza"?.

H. H. D.

1917.

MONÓLOGOS

¡ASI NO TE QUERRAN!

MONOLOGO DRAMATICO

Gustavo Adolfo Becquer, uno de mis poetas más queridos, me ha inspirado la idea de escribir el presente monólogo, proporcionándome, a la vez, el hermoso traje de sus incomparables rimas, que es el que luce este hijo de mi imaginación. Si algo vale la presente obrita, no se debe a su autor, sino al gran poeta sevillano.

Personaje:

Un joven de treinta a treinta y cinco años de edad.

CUADRO PRIMERO

Sala-escritorio seriamente amueblada. Puertas laterales y ventana al foro. Estanterías con libros. En el centro de la escena una mesa con su correspondiente recado de escribir; libros, revistas y papeles. En la pared del foro y junto a la ventana, un cuadro con el retrato de una mujer hermosa.

Ante la mesa, sentado en un sillón, las piernas envueltas en una frazada, el rostro demacrado y pálido y con señales del más grande hastío, se halla un joven que, al levantarse el telón, dirá con la mayor lentitud.

(Pausa).

Hoy como ayer, mañana como hoy,
Y siempre igual!
Un cielo gris, un horizonte eterno,
Y andar... andar!

(Pausa).

Moviéndose a compás, como una estúpida
Máquina, el corazón:
La torpe inteligencia, del cerebro
Dormida en un rincón.
El alma que ambiciona un paraíso,
Buscándole sin fé;
Fatiga sin objeto, ola que rueda
Ignorando por qué;
Voz que incesante, con el mismo tono
Canta el mismo cantar;
Gota de agua monótona que cae
Y cae sin cesar!

Así van deslizándose los días
Unos de otros en pos,
Hoy lo mismo que ayer... y todos ellos
Sin goce ni dolor. (1)

(Pausa en que empieza a notarse cierta fatiga).

Este armazón de huesos y pellejo,
De pasear una cabeza loca
Cansado se halla al fin, y no lo extraño;
Pues aunque es la verdad que no soy viejo
De la parte de vida que me toca
En la vida del mundo, por mi daño
He hecho un uso tal, que juraría
Que he condensado un siglo en cada día,

(Pausa).

Así, aunque ahora muriera,
No podría decir que no he vivido;
Que el sayo, al parecer, nuevo por fuera,
Conozco que por dentro ha envejecido.
Ha envejecido, sí; ¡pese a mi estrella!
Harto lo dice ya mi afán doliente;
Que hay dolor que al pasar su horrible huella
Graba en el corazón, si no en la frente. (2)

(Pausa prolongada. — Transportándose al pasado.

Cuando me lo contaron, sentí el frío
De una hoja de acero en las entrañas;
Me apoyé contra el muro, y un instante
La conciencia perdí de donde estaba.

... ...

Cayó sobre mi espíritu la noche,
En ira y en piedad se anegó el alma...
Y entonces comprendí por qué se llora
Y entonces comprendí por qué se mata. (3)
Como se arranca el hierro de una herida

Su amor de las entrañas me arranqué,
Aunque sentí, al hacerlo, que la vida
Me arrancaba con él.
Del altar que la alcé en el alma mía
La voluntad su imagen arrojó,
Y la luz de la fé que en ella ardía
Ante el ara desierta se apagó. (4)

(La fatiga aumenta gradualmente).

Como enjambre de abejas irritadas,
De un obscuro rincón de la memoria
Salen a perseguirme los recuerdos
De las pasadas horas.
Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!

(Las sombras crepusculares aumentan).

Me rodean, me acosan,
Y unos tras otros a clavarme vienen
El agudo aguijón que el alma encona. (5)

(Procurando calmarse oculta el rostro entre las manos; después de un instante comienza a hablar pausadamente, y como quien goza en el recuerdo).

Su mano entre mis manos,
Sus ojos en mis ojos,
La amorosa cabeza
Apoyada en mi hombro,
¡Dios sabe cuántas veces
Con paso perezoso,
Hemos vagado juntos
Bajo los altos olmos
Que de su casa prestan
Misterio y sombra al pórtico!

... ...

Discreta y casta luna,
Copudos y altos olmos,
Paredes de su casa,
Umbrales de su pórtico,

Callad, y que el secreto
No salga de vosotros!

(Pausa breve).

Sobre la falda tenía
El libro abierto,
En mi mejilla tocaban
Sus rizos negros;
No veíamos las letras
Ninguno, creo,
Mas guardábamos ambos
Hondo silencio.
¿Cuánto duró? Ni aún entonces
Pude saberlo;
Sólo sé que no se oía
Más que el aliento,
Que apresurado escapaba
Del labio seco;
Sólo sé que nos volvimos
Los dos a un tiempo,
Y nuestros ojos se hallaron,
Y sonó un beso. (6)

(Tornando al presente y hablando con el retrato que habrá al foro, en el cual tendrá puestos los ojos. — La fatiga aumenta gradualmente).

Tú eras el huracán, y yo la alta
Torre que desafía su poder;
Tenías que estrellarte o abatirme...
¡No pudo ser!
Tú eras el Oceano, y yo la enhiesta
Roca que firme aguarda su vaivén;
Tenías que romperte o arrancarme...
¡No pudo ser!
Hermosa tú, yo altivo, acostumbrados
Uno a arrollar, el otro a no ceder;

La senda estrecha, inevitable el choque..
¡No pudo ser! (7)
(**Pausa. — Resignado**).
¡Te quiero tanto aún, dejó en mi pecho
Tu amor huellas tan hondas!... (8)
(**Con vehemencia**).
Podrá nublarse el sol eternamente;
Podrá secarse en un instante el mar;
Podrá romperse el eje de la Tierra
Como un débil cristal.
¡Todo sucederá! ¡Podrá la muerte
Cubrirme con su fúnebre crespón,
Pero jamás en mi podrá apagarse
La llama de tu amor! (9)
(**Obscurece. — Pausa en la cual medita, iniciando luego el discurso con la mayor calma**).
Al brillar un relámpago nacemos,
Y aún dura su fulgor cuando morimos;
¡Tan triste es el vivir!
La gloria y el amor tras que corremos
Sombras de un sueño son que perseguimos
¡Despertar, es morir! (10)
(**Meditando**).
¡Despertar, es morir!...
(**Incorporándose como presa de un delirio, fija la vista en el cuadro; la fatiga irá aumentando gradualmente**).
Antes que tú me moriré; escondido
En las entrañas ya
El hierro llevo con que abrió tu mano
La ancha herida mortal!
Antes que tú me moriré; y mi espíritu
.En su empeño tenaz,
Sentándose a las puertas de la muerte
Allí te esperará.

Con las horas los días, con los días
Los años volarán,
Y a aquella puerta llamarás al cabo...
¿Quién deja de llamar?
Entonces que tu culpa y tus despojos
La tierra guardará,
Lavándote en las ondas de la muerte
Como en otro Jordán;
Allí donde el murmullo de la vida
Temblando a morir vá,
Como la ola que a la playa viene
Silenciosa a expirar;
Allí donde el sepulcro que se cierra
Abre una eternidad...
Todo cuanto los dos hemos callado
Lo tenemos que hablar! (11)

(En el colmo de la fatiga se deja caer sobre el sillón. Desde este instante la fatiga se hace permanente).

(Maquinalmente).

¡Despertar, es morir!...

(Pausa).

Cuando la trémula mano
Tienda, próximo a expirar,
Buscando una mano amiga,
¿Quién la estrechará?
Cuando la muerte vidrie
De mis ojos el cristal,
Mis párpados aún abiertos
¿Quién los cerrará?
Cuando la campana suene
(Si suena en mi funeral)
Una oración al oirla,
¿Quién murmurará?
Cuando mis pálidos restos

Oprima la tierra ya,
Sobre la olvidada fosa,
¿Quién vendrá a llorar?
¿Quién, en fin, al otro día,
Cuando el sol vuelva a brillar,
De que pasé por el mundo,
Quién se acordará?...

(La fatiga se hace terrible, le ahoga. La muerte parece no andar muy lejos. Repentinamente, clava los ojos en el retrato y, como fascinado, se incorpora y marcha hacia él débil y tembloroso. Llegar, cogerlo y caer al suelo, extenuado, es todo uno. Haciendo un supremo esfuerzo se arrastra de rodillas hasta el sillón en que antes estuvo y apoyando los codos en el asiento y contemplando siempre el retrato que conserva en sus manos, dice, con voz apagada, cual si fuera una oración).

Volverán las obscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos a colgar,
Y, otra vez, con el ala a sus cristales
Jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban,
Tu hermosura y mi dicha a contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres
Esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
De tu jardín las tapias a escalar,
Y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
Sus flores se abrirán;

Pero aquellas cuajadas de rocío,
Cuyas gotas veíamos temblar
Y caer, como lágrimas del día...
Esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes a sonar;

Tu corazón de su profundo sueño
    Tal vez despertará;
Pero mudo y absorto y de rodillas,
  (Casi sin voz).
Como se adora a Dios ante su altar,
Como yo te he querido... desengáñate..
    ¡Así no te querrán! (13).

(La respiración se corta y agonizante ya, cae al suelo y queda inmóvil, con las manos crispadas y apretando el retrato contra su pecho. Un rayo de luna ilumina el triste cuadro).

TELON LENTO

CUADRO SEGUNDO

Lugar apartado del Camposanto. Varios cipreses y, a su sombra, en primer término, una cruz de mármol que se empeñan en ocultar los cardos y zarzamoras. Es la hora del crepúsculo.

TELON RAPIDO

Nota—

(1)—Rima LVI.
(2)—Rima LVII.
(3)—Rima XLII.
(4)—Rima XLVIII.
(5)—Rima LXIII.
(6)—Rima XL.
(7)—Rima XLI.
(8)—Rima XXXVI.
(9)—Poesía: "Amor eterno".
(10)—Rima LIXX.
(11)—Rima XXXVII.
(12)—Rima LXI.
(13)—Rima LIII.

JUSTICIA HUMANA

MONOLOGO DRAMATICO

Personaje:

Lucía (joven de veintitrés años de edad).

Sala de audiencias de un Juzgado de lo Criminal. Puerta al foro, y en la parte superior del marco una placa que ostenta la palabra "Justicia". Silla o banco en primer término.

A poco de levantarse el telón se abre repentinamente la puerta y aparece en ella Lucía. Viste de negro con elegancia y distinción, aunque no trae sombrero. Impresionada por la majestad del lugar se detiene un momento en la puerta, y avanza luego decidida, se sienta en la silla o banco y comienza su discurso con voz débil y sin quitar los ojos de un punto determinado de la sala del teatro, en el cual, se supone, el estrado del Juez.

LUCIA

Señor Juez: aunque no ignoro que las leyes me autorizan a nombrar un letrado que tome la palabra en mi defensa, no he querido hacer uso de tal derecho, prefiriendo concurrir en persona a aquesta audiencia, con convencimiento absoluto de que nadie podría tan bien como yo misma, exponer cómo los hechos ocurrieron y dar fin de una vez a este proceso.

Si la defensa cabe, ella ha de ser la verdad que a exponer vengo, mas nunca el sofisma, la falsedad y la mentira, armas todas tres que, cierta estoy emplearía en mi favor un abogado.

(Pausa. — Con toda calma).

Vivía yo feliz con mis dos viejos que me adoraban como se adora a una hija única, complaciéndose en divertirme y en gastar sus dineros que eran muchos, en mí y sólo en mí.

(Pausa).

Dieciocho primaveras contaba apenas, cuando conocí a aquel hombre, no haberle conocido más valiera, por cuya causa me veo hoy como me veo. Pajarillo incauto, frente a la serpiente tentadora; novicia yo en amor, él docto y muy letrado; ingenua yo, astuto él, me dijo palabras dulces y amorosas, y muy pronto le quise, y muy pronto le amé, y muy pronto le adoré...

(Con ira).

¡Tonta de mí!

No se opusieron mis viejos; la voluntad de su Lucía era la voluntad de ellos.

(Pausa).

Transcurrió un año. Al cabo nos casamos, con el formal consentimiento de mis padres, que así quiero llamarles, aunque más no sea que por gratitud, y vivimos todos juntos, en la casa de ellos y fuímos felices, sí, fuímos felices.

(Sollozando).

¡Ay! ¡Quá amargo es cuando se está sumida en la tristeza, en los dolores, recordar las alegrías que pasaron, los goces que murieron!...

(Pausa en la cual, enjugando sus ojos trata de recobrar el dominio de sí misma).

Usía me perdone... soy mujer... ¡Siento tanto... tanto...

(Pausa).

Giró la rueda de la fortuna, vinieron los malos negocios, éstos acarrearon deudas y su pago trajo como natural consecuencia, si no la miseria y la pobreza, al menos una escasez de medios bien sensible.

Carlos, mi marido, que hasta entonces había vivido muellemente, sin tener que pensar en el pan de cada día, empezó a cambiar de carácter, bien lo noté yo. Tuvimos discusiones, tuvimos riñas; ya no era para conmigo el mismo de antes; se pasaba las horas fuera de casa, hablaba poco y sonreía menos, ¡todo lo cual me hacía sufrir atroz mente!

(Pausa).

Día tras día, cuando al anochecer oía yo resonar sus pisadas en el patio, le salía al encuentro y con un abrazo y un beso le daba la bienvenida.

(Triste).

Pero llegó una tarde, (¡tarde maldita!) en que... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... si me parece escucharle! "¡Basta de farsas ya"!, me dijo, rechazándome bruscamente... Quedé estupefacta. Tan sorprendida estaba que no atiné a decir palabra. El entró en nuestro aposento y yo, maquinalmente, le seguí y entré también, y él empezó a pasear de aquí para allá, con los ojos clavados en el suelo, y yo... calladita, mirándole toda azorada y

con deseos de estrecharle entre mis brazos por ver si le alegraba...

(Pausa).

Al fin rompió el silencio y me dijo friamente: "Hasta hoy, Lucía, te creí mi mujer, mas he comprobado ya que no lo eres y que jamás lo has sido; así pues, todo acabó entre nosotros..." "¡Carlos! ¿estás loco?, interrumpí asustada, y él con la misma frialdad prosiguió: "Lo estuve sí, lo estuve, pero hoy ya no lo estoy; he recobrado mi cordura". Y cambiando de tono y con una sonrisa que me heló la sangre en las venas, dijo: "Mas, yo te dejo y me marcho, pues es impropio que una niña de tu edad esté en su aposento a solas con un hombre joven y soltero". Y tal diciendo se marchó. Fueron inútiles mis llamados y mis ruegos y mis lamentos, aquel hombre apuró el paso y se lanzó a la calle.

(Pausa).

Quedé aturdida, quedé confusa. Mil ideas, mil pensamientos giraban en mi cerebro mareándome; los sentimientos más antitéticos batallaban en lo hondo del corazón y entre ofendida, triste y temerosa rompí a llorar como una criatura. Mis viejos, el llanto aquel oyendo hacia mí vinieron; me arrojé en sus brazos y les conté lo ocurrido; se miraron y en sus pupilas yo ví brillar una lágrima y rompí de nuevo a llorar y llorando ellos también amargamente, "ya volverá", me dijeron, "ya volverá".

(Pausa en que solloza).

A la mañana siguiente, oí que alguien llamaba a nuestra puerta y esperanzada con que fuera Carlos, yo misma corrí a abrir... No, no era él, ¡qué había de serlo!...

Un empleado judicial, preguntando por la señora de Alvarado, puso en mis manos unos papeles, y haciéndome firmar una nota a manera de recibo, se marchó. Entré en mi estancia y me puse a leer, con la más grande curiosidad, los papeles aquellos. ¡Cielos!... ¡Cielos!...

(Sollozando).

Todo lo comprendí entonces, todo... ¡todo!... ¡¡¡Carlos!!!... el infame Carlos, solicitaba del juez declarase nulo nuestro matrimonio.

¡Qué terrible golpe!... No leí más, no pude leer más y caí desmayada, y no sé cuanto tiempo estuve así.

(Pausa en que llora).

Cuando recobré el sentido me encontré en mi lecho y muy cerquita de él a cada lado uno de mis queridos viejos. Fué mi primera pregunta, "¿habéis leído"?... "Ese hombre es un infame, fué la respuesta de mi padre, jamás te amó, ni hubiera podido amarte, pues tiene un corazón de piedra. Mi fortuna fué el cebo que le atrajo; él calculó que yo no tardaría en emprender el largo viaje y que mis bienes por tí heredados, al cabo irían a parar a sus manos. Pero los negocios marcharon mal, la fortuna desapareció casi totalmente, y viendo sus esperanzas des

vanecidas quiere, el villano, romper los lazos que le unen a tí''. ''Pero, ¿cómo conseguirá tal fin? interrogué ansiosa... Y entonces fué que mis viejecitos, casi llorando y cual si hubieran cometido una falta, me explicaron todo, completamente todo.

No teniendo descendencia, me sacaron de la Casa de Expósitos, cuando apenas contaba seis meses; me criaron como hija, como tal me introdujeron en sociedad, como hija me quisieron y como hija me mimaron.

(Pequeña pausa).

Cuando aquel hombre maldito, pues aunque la tierra guarde sus despojos le maldigo y le maldeciré eternamente, cuando aquel infame, digo, me conoció y solicitó mi mano, descubriéronle el secreto y él, ''que no importaba que su amor era hacia Lucía, hacia mí, y no hacia la hija de tales o cuales padres''.

(Con ira).

¡Canalla!... ¡Hipócrita!...

(Pausa breve).

Luego, fuí yo un estorbo para él; no iba a heredar gran cosa, pues mis viejos habían perdido casi todo, ¿para qué me quería ya?...

(Enérgicamente).

Publicó el secreto, y aunque en nada me rebaja a mí, y a aquellos dignos ancianos, que en Gloria, estén, mucho los enaltece, su intención fué villana, su proceder fué bajo, y por ello es que le maldigo una y cien veces.

(Pausa).

Y la Justicia . . . .

(poniéndose de pié y con entusiasmo creciente)

y la Justicia declaró nulo el matrimonio,

(con ironía y repitiendo maquinalmente)

pues siendo el consentimiento requisito indispensable de tal acto y estando viciado de error intencional en el caso sub-judice por ser la contrayente... y, en fin, citas de artículos, de incisos y de títulos y leyes. ¡Cómoda manera de dictar sentencias eludiendo responsabilidades, lavándose las manos, como Pilatos!...

(Contestando a una reprensión del Juez).

Yo no ofendo la majestad de la Justicia, yo protesto, tan sólo, contra lo arbitrario, contra lo injusto. Mas, perdonad, señor Juez, mis arranques y no olvidéis que soy mujer, que apenas cuento veintitrés años, que fuí perdida y engañada por un hombre, y que la Justicia, esa Justicia en cuya defensa acabais de salir hace un instante, ha aprobado la conducta de aquel villano, se ha hecho cómplice de su delito, de su traición, dejándome a mí en situación tal que estoy entre los muertos viva y entre los vivos muerta.

(Pausa. — Con ira).

Ha pocos días, tuve noticias de que don Carlos Alvarado se casaba...

(Con energía).

¡El momento de hacer justicia había llegado!...

(Con agitación creciente).

Me situé junto a las puertas de la iglesia y ocultando un puñal bajo mi abrigo, allí esperé. Llegaron los coches. Le ví descender de uno... ¡Como por mágico conjuro surgió en mi memoria el recuerdo vivo del tiempo que pasó y lloré de amor, de ira, de tristeza... Y cuando ya el cortejo se formaba y se abrían las puertas de la Casa del Señor y una lluvia de notas puras escapadas del órgano llenaba el ambiente, avancé como loca, rompí la fila de curiosos y gritando, ¡Justicia! cerré los ojos y hundí el puñal en el pecho de mi asesino ya convertido en víctima, y caí junto a él desvanecida.

(Aterrorizada. — Pausa. — Con dignidad).

¡Y aquí estoy, señor Juez!... ¡Yo maté a don Carlos Alvarado!... Soy delincuente, soy criminal, soy autora de un homicidio. ¡Aquí estoy aguardando mi condena...!

(Pausa en que parece escuchar las palabras del magistrado).

¡Qué! ¿Tan sólo diez años de presidio?...

(Irónicamente).

¡Pues sois justo y harto clemente!

(Pausa. — Con tristeza y resignación).

En nombre de la Justicia condené a muerte a un infame, y de la Justicia en nombre le ejecuté; vos, señor, me condenáis en nombre de la Justicia, y porque hice justicia a presidio me enviáis...

(Pausa breve. — Señalando la inscripción de la puerta y comtemplándola).

¡Justicia!... ¡Justicia!...

(Como iluminada y con energía).

¡Dijérais mejor: "Justicia Humana", pues Justicia, sólo Dios sabe hacer!

(Bruscamente).

¡De vuestro fallo, Juez, ante El apelo...

TELON RAPIDO

LA GUERRA CIVIL

MONOLOGO DRAMATICO

La escena se desarrolla en cualquier país de servicio militar obligatorio.

Personajes:

Alberto (veintiún años).

Carlos (veintitrés años) no habla.

Interior de un bosque situado en la falda de una colina cuya pendiente decrece hacia el foro no viéndose, por tanto, ni el pié de ella, ni el valle.

A la derecha del actor se supone un precipicio. Es una noche obscura y nublada.

ALBERTO. — (Centinela avanzado, viste uniforme militar a la usanza del país en que la escena se desarrolla, su fusil estará armado de sable bayoneta y lo tendrá entre las manos. A cada ins tante observa atentamente hacia la parte del foro izquierda).

(Repitiendo la consigna maquinalmente).

"Observar todo movimiento que se produzca en el valle, impedir el paso de cualquier persona por este bosquezuelo, hacer fuego sobre todo el que no se detenga a la tercera intimación de *alto*".

(Con sorna).

¡Muy bonita la consigna, pero está lucido el campamento, si los demás centinelas avanzados ven tanto como yo!... ¡Bien puede montárseme en las narices un escuadrón de caballería enemiga, que como no traiga candiles...

(Camina con mucho tiento hacia el foro tratando de sondear la obscuridad).

¡Maldita noche! Con tanta negrura no sabe uno en donde pisa... ¡Si a Eolo se le ocurriese coger una escoba y barrer esas es-

túpidas nubes que se han entretenido en manchar el firmamento. Pero... ¡quiá!... si es el Dios más inoportuno; sopla cuando no debe.

(Se ha llegado entre tanto hasta el abismo).

Aquí con cuidado, que está el precipicio.

(Escucha).

Sí, oigo el rumor de la corriente que se quiebra entre las piedras, allá en lo más hondo... ¡Lindo paraje para inspirar a un poeta y más lindo aún para matar desengaños y pesares!...

Por cierto que esta parte del bosque me tiene sin cuidado, difícilmente podrán ascender por aquí.

(Señalando hacia el foro izquierdo).

¡Allí está el peligro!

(Pausa en que observa. — Recostándose contra un árbol).

¡Vaya una peregrina ocurrencia la de estos señores revolucionarios! ¡Vea usted que levantarse en armas nada menos que cuando sólo faltaban dos días para que llegara la ansiada fecha del licenciamiento!... ¡Tontes! ¡Bien podían haber esperado un poco!

(Pausa en que torna a observar hacia el interior del bosque. — Como quien medita).

¡Un año de soldado!... ¡Un año sin ver a mi gente, un año fuera del hogar, un año sin mirarme en los ojos de mi novia...

(Con alegría).

Sólo de pensar que pronto voy a volver al terruño, junto a los míos, me salta el corazón dentro del pecho.

(Triste y preocupado).

!Qué habrán dicho allí al saber de este levantamiento!... mis pobres viejos, ¡qué mal han de pasar los días mis pobres viejos!... y ¿Carlos? ¡Pobre hermano! ¿Cuánto se acordará de mí! El que antes de mi partida se pasaba las noches desvelado pensando en nuestra futura, forzosa separación.

(Con deleite).

Y Carmen ¡Carmen!... ¡Cómo ha de llorar la novia de mis entrañas!

(Próximo al llanto).

¡Recuerditos, recuerditos, que me váis a hacer llorar a mí también!

(Pausa).

¡Si me parece verla, si me parece verla tal cual estaba aquella última noche en su ventana, escuchando mis versos de enamorado, entre gozosa y triste! ¿Cómo eran aquellos versos?

(Recapacita).

¡Sí, sí...!

(Recitando).

Eres linda, eres bonita,
De un rosal la mejor rosa no es mejor
Tú eres, buena Carmencita,
Más hermosa que la Madre del Amor.
Yo te quise, niña mía,
Desde el día en que te ví

Con tu rostro de alegría,
Con tus labios de rubí,
Con tus ojos, negras perlas,
Las de más precio y valor,
Que en los mares por cogerlas
Se desvela el pescador.
Y con esas finas crenchas onduladas
Que quisiera yo peinar,
Y con esas tus mejillas sonrosadas
Que convidan a besar.
En mi ausencia no me llores
Pues que al cabo volveré,
Y, fundidos mis amores
Con los tuyos, viviré.
Riega, siempre, vida mía,
Recordándome, esa flor
Que en tu pecho nació un día
Y que el hombre llama *amor*.
Eres linda, eres bonita,
De un rosal la mejor rosa no es mejor.
Tú eres, buena Carmencita,
Más hermosa que la Madre del Amor.

(Hablando).

¡Y al último verso se unió el primer beso y...

(En un arranque de entusiasmo).

¡Bendita seas, Carmen del alma, y bendito sea el recuerdo de aquellas horas felices que han de volver mal que les pese a todos los revolucionarios del mundo....

(Interrumpe su discurso y clavando su mirada en la obscuridad, hacia el foro, concentra toda su atención).

¡Qué ruido extraño!

(Por el foro izquierda y arrastrándose entre el pasto aparece Carlos; viste de civil, usa botas y sombrero blando, trae un puñal en la mano y el fusil en bandolera).

¡Si será ilusión!

(Alberto prepara el arma).

¡No me equivoco, no... allí se mueve una sombra!

(Gritando).

¡Alto! ¿quién vive?...

(Como fascinado con la mirada fija en el cuerpo de Carlos que al oir el grito se ha quedado en tierra, boca abajo. Después de una pausa, éste se incorpora repentinamente y esgrimiendo el puñal intenta arrojarse sobre Alberto, quien da un salto atrás y unde la bayoneta en el pecho del espía que exhala un "¡ay!" doloroso desplomándose al par que murmura "¡maldición! Alberto se retira hacia la derecha).

¡Maldición! sí, razón tienes. También yo maldigo este momento y estas circunstancias que me han obligado a ser tan cruel, tan bárbaro e inhumano.

(Con tristeza).

Algún espía infeliz. ¡Pobre amigo! quizá le esperan ansiosos sus padres y sus hermanos y su amada... como a mí y... ¡ya no volverá! Le mató un centinela, un soldado enemigo...; ¡le maté yo!

(Pausa. — Como quien siente remordimientos de Caín).

¡Cielos!... ¡Si pudiera verle! Acaso está vivo y su salvación sea posible.

(Con decisión).

¡Encenderé una cerilla!

(Abandonando tal idea).

Mas no, ¡vaya un torpe!... La luz me denunciaría... ¡No nací para soldado!

(Indeciso).

Esperaré la aurora... Pero y... ¿si está herido y muere...?

(Con decisión).

¡Yo necesito verle! Una mano invisible me empuja hacia ese desgraciado. una voz interior me ordena que a él vaya y le mire.

(Un rayo de luna filtrándose por entre las ramas de los árboles ilumina el cadáver del espía).

una extraña angustia se apodera de mí.

(Reparando en el presente de Diana).

¡Gracias reina inmaculada de la noche!

(Avanza hasta el cadáver y después de arrojar en derredor una escrutadora mirada se arrodilla, pone la mano sobre el corazón del muerto, observa su rostro, se pasa las manos sobre los ojos cual si despertara de un sueño, vuelve a mirarle una y cien vieces, y con expresión de espanto murmura entre sollozos).

¡Dios mío!... ¡El... Carlos... mi hermano!

(Llora).

¡Tú revolucionario!... ¡Tú espía!...

(Desesperado).

¡¡¡Tú muerto... muerto por mí!!!

(Solloza amargamente. — Fuera de sí).

¡Madre mía, de tus hijos ya no tienes más que un cadáver ensangrentado y un criminal, un asesino, un Caín.

(Sin consuelo se arroja sobre el cuerpo yerto del hermano).

Si sospecharías que yo te iba a matar, yo que te adoro más que a mí mismo.

(Besándole en la frente y llamándole).

¡Carlos... Carlos!... ¡¡¡Carlos!!!... ¡Responde... soy tu hermano... soy Alberto! ¡Contesta!... ¡Vive!... ¡Dios mío, Dios mío!

(Cae como desvanecido sobre el cuerpo de Carlos. — Pausa prolongada. — Bruscamente se incorpora dejando el fusil en el suelo).

(Con ira con desesperación y como alucinado).

¡Revolución fatídica! ¡Lucha fratricida, odiosa Erinna que te alimentas de crímenes y horrores, que gozas con enlutar hogares, que te deleitas viendo bañarse en roja sangre las calles y los campos, viendo al hijo hundir y revolver el puñal homicida en las entrañas del padre que le engendró, viendo al hermano quitar la vida impíamente a su mismo hermano, sembrando, en fin, por doquiera devastación y muerte!

(Con profunda tristeza).

¡Ay!... ¡Adiós ilusiones, adiós mi amada, adiós todo!

(Pausa).

¡Padres del alma... dos hijos muertos mas nunca un hijo criminal!

(Contemplando el cadáver del hermano que la luna sigue besando).

¡Y tú Carlos, perdóname!...

(Se va aproximando hasta el borde del abismo. — Con voz potente).

Guerra civil... ¡Maldita seas...!

(Se arroja de un salto en el precipicio).

TELON

UN CUENTO

MONOLOGO DRAMATICO

A telón corrido

Personaje:

Actor o actriz

TELON CORRIDO

Cuando llega el Carnaval, año tras año,
Reproduce mi memoria
Una escena que ocurrió en tiempos de antaño
Y que es tema de esta historia
Que a narraros he venido,
Con la plena convicción
De que no daréis vosotros por perdidos
Los minutos que emplearé en tal narración.

En la urbe populosa resonaba
Confusa algarabía,
La más franca alegría
En dondequier reinaba,
Y todo demostraba
Que el loco Carnaval llegado había
Por las calles adornadas
Con banderas de colores
Y con cintas coloradas
Y con guirnaldas de flores,
Y de flores alfombradas,
"Abriendo paso los codos
Corrían de ceca en meca,
Alegres y no beodos,
Dido, Cleopatra, Rebeca,
Cimbros, lombardos y godos",

En una estrecha calleja
De los barrios suburbanos
Y ante una casita humilde,
Que no sé si existe aún,
En derredor de un chiquillo
Disfrazado de payaso,
Un grupo de gente pobre
Pequeño corro formó.

Todo era risas y aplausos
En el modesto auditorio,
Todo era cantos y brincos
En el payaso novel,
Y era placer y embeleso
Todo en los padres del chico
Que le observaban ocultos
Detrás de un ancho portal.

Porque el hijo querido
Un traje de payaso había pedido
El carnaval pasado,
La madre, con algún dinero ahorrado
Compró, no sé en qué día,
El traje que el chiquillo allí vestía;
Y como no ignoraba
Que todo cuanto aquel gozaba
A ella se debía,
Dichosa estaba viendo su alegría.

El chico era un encanto:
Muy blanco y muy rosado;
Sus ojos eran limpios,
Celestes, grandes, claros;
Tenía ensortijada
La rubia cabellera,

Y un alma, aunque de niño,
Repleta de bondad.

A haberle conocido
Murillo le copiara
Como angel o querube
O hermoso serafín,
Y fuera de sus cuadros
La más bella figura,
El lindo payasito,
El lindo chiquitín.

Bien claro se veía
Que aquél era la imagen,
De dos grandes pasiones
La humana concreción;
Nació del beso ardiente
De dos séres amantes,
Era hijo de dos llamas.
¡El era el mismo amor!

... ...

Un grito, un alarido
En la estrecha calleja resonó,
Luego llanto, un quejido
Y la bulla en silencio se trocó.

El pobre payasito había caído,
En un salto que dió
Y chocando en el muro, sin sentido
Largo rato quedó.

Entráronle en su casa,
Con presteza a un galeno se llamó,
Y a la luz de un quinqué pálida, escasa,
La herida éste observó.

... ...

¡Qué contraste tan extraño!, en lo interior
Todo llanto, todo lágrimas, dolor...;
Allí fuera, allí seguía
El bullicio, la algazara, la alegría,
¿Por qué no?
Ya se iba el payasito a unir con Dios
Y a sus padres dijo triste "adiós, adiós".

¡Para siempre! ¡Horrible suerte!
El galeno aún luchaba, mas la muerte
Le venció.

¡Qué contraste tan extraño!, en lo interior
Todo llanto, todo lágrimas, dolor...;
Allí fuera, allí seguía
El bullicio, la algazara, la alegría,
¿Por qué no?

Camino del cementerio
A la mañana siguiente,
Cuando apenas el Oriente
De rojo pintaba el sol,
Se vió pasar lentamente
Por parajes solitarios
Blanco carro funerario
Y un solo coche detrás;
Y un gemido prolongado
Que del coche aquel partía,
Los sentidos suspendía
Desgarrando el corazón.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

MONOLOGO DRAMATICO

en prosa, escrito con motivo del trecer
centenario de la muerte de Cervantes
(1616 - 1916)

Personaje:

Don Quijote

ADVERTENCIA

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor".

Este hidalgo es el personaje de nuestro humilde monólogo.

Quien encarne el papel de Don Quijote de la Mancha ha de servirse tener muy presente el verdadero carácter del protagonista del Ingenioso Hidalgo, su demencia rebozante de cordura, su idealismo incomparable, su amor puro y platónico.

La escena representa un aposento humilde, limpio, de ambiente vetusto. Una ventana alta en el foro y una ámplia puerta a la derecha del actor rompen la monotonía de los muros ennegrecidos por el tiempo. A la izquierda habrá un lecho con las ropas en desorden y próximo a él un sillón de alto espaldar. Completan el mobiliario de la estancia, una mesa con pocos libros al foro derecha, un

banco en el centro con las armas del Hidalgo abandonadas (adarga, rodela, espada y lanza de corte antiguo), y algunas butacas o sillas viejas.

Al levantarse el telón, don Quijote se halla sentado en el sillón, envueltas las piernas en una manta, su rostro está demacrado, su poco cabello en desorden, su barbilla y fino bigote un tanto descuidados; viste calzón corto, media blanca larga, zapatillas, y una especie de gabán ámplio.

Toda la escena se desarrolla en los últimos momentos del Ingenioso Hidalgo, después de la derrota del caballero andante por el de la Blanca Luna. La extraña demencia de don Quijote dura hasta el instante que se indicará en el propio monólogo.

DON QUIJOTE

(Dirigiéndose hacia la puerta derecha).

Dejadme solo ¡solo con mis recuerdos...! en los campos de Montiel!

(Pausa).

¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro! ¡Oh tú! sabio encantador quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser cronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

(Breve pausa).

¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece...

¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

(Pausa en que queda un instante pensativo).

Mi desdicha y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias; usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; se oscurecieron mis hazañas, cayó mi ventura para jamás.

No hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía: pero no con la prudencia necesaria y así me han salido al gallarino mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna, no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme, en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mi promesa.

(Como atraído por sus abandonadas armas se va incorporando lentamente y se encamina hacia ellas con dificultad suma). (Contemplándolas cariñosamente):

Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.

(Pausa en que embraza la adarga, coge la lanza y pasea ante el banco del centro, cual si estuviera en el patio de aquella venta famosa que fué castillo para nuestro personaje).

(De improviso e imperativo).

¡Oh tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento ... ¡ah!

(Grito de sorpresa. Levanta en alto su lanza con ambas manos y descarga un golpe en el vacío).

(Implorando).

¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo!

(Lleno de brío y arrogancia y cual si se dirigiera a muchos).

Soez y baja canalla: tirad, llegad, venid, ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.

¡Acorredme, señora mía Dulcinea en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece...

(En todo esto se ha ido arastrando hasta el sillón, harto fatigado pero sin abandonar la lanza).

(Incorporándose).

¿Dónde estás señora mía,
Que no te mueve mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

(Ya de pié y cual si se dirigiera a algún sujeto).

Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza que

yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

(Con un supremo esfuerzo levanta en alto la lanza y cae fatigado en el sillón. — Pausa).

(Sentado pero levantando airosamente la cabeza).

Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo, doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengáis uno a uno como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea,

(Se apresta para el combate).

aquí os aguardo y espero confiado en la razón que de mi parte tengo.

(Breve pausa).

(De improviso pónese de pie).

¡Gente endiablada, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas: si no aparejáos a recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya os conozco, fementida canalla.

(Arremete contra el espacio y a los pocos pasos se detiene jadeante y apoyado en su lanza, mira al cielo y cual si fueran una plegaria dice estas palabras con calma):

¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el cielo te la dé buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el estado a que tu ausencia me ha conducido y que con buen término correspondas al que a mi fé se le debe.

(Con deleite).

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo a la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída,
La que conmigo muerte y vida trata!

(Brusca transición en que el recuerdo de la aventura de los molinos parece sacarlo de su éxtasis dándole fuerzas).

(Se apresta para tan desigual batalla y dice a gritos):

¡Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete...! pues aunque mováis más brazos... ¡ah!

(La lanza cae al suelo con estrépito, al par que su dueño se lleva ambas manos al pecho, desplomándose en el sillón).

(Con voz apagada y quejumbrosa):

¡Ay!... ¡ay!... ¡Sancho!... acorre a tu señor!...; aquí el fiel escudero...

(Extraño sopor se apodera de Don Quijote. — Pausa).

(Despierta en toda su cordura).

¡Bendito sea el poderoso Dios que tanto bien me ha hecho!—Tus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres...

Tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él

me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías.—Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde....

(Con voz que decrece rápidamente).

¡tan tarde!... que no me deja tiempo...

(Con la fatiga del moribundo).

Querría hacer mi vida de tal modo que diese a entender que no había sido tan mala, que dejase renombre de loco: puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte...

(Desfalleciente).

¡Ciegos afanes de gloria, pureza del amor, rigidez de la justicia, equidad del derecho. reinado de la verdad... ideales...! ¡sólo un loco en el mundo podía quererlos...!

(En un grito ronco).

¡No... no soy Don Quijote de la Mancha; soy Alonso Quijano...!

(Con la mayor dulzura).

¡Ah...! ¡Años de juventud: dulce edad... yo te bendigo!

(Pequeña pausa).

—Zagala hermosa... Aldonza Lorenzo... amor... ¡desdichado amor...!

(Muriendo).

¿Dónde estás, amada mía
¿Sabrás algo de este amor?

(Su voz se corta, su cabeza se inclina sobre el pecho, caen pesadamente sus descarnados brazos y muere en el silencio más profundo).

TELON LENTO

LA VIDALITA

NARRACION LIRICA

A la Srta. Ana Goyenetche, maravillosa intérprete de esta obrita.

El autor.

TELON CORRIDO

Era un bosque de la hermosa Andalucía,
Y en el bosque aquel lucía
Sus primores,
Una rosa
Que reinaba entre las flores,
Por fragante, por graciosa...
De la flor enamorado
Un poeta ruiseñor ha tiempo estaba,
Y en las noches estivales,
Inspirado,
A la brisa confiaba
Sus amores en gorjeos sin iguales.
Y así el ruiseñor cantaba
Noche a noche tiernamente,
Mientras la rosa escuchaba
Su cantar, indiferente.

(Música de petenera).

Yo he nacido en esta tierra
Bendecida del Señor
Y quiero cantar en ella
Para ofrendarte mi amor.
Mira que por tí padezco.
Quiéreme, por compasión,
Mira que son tus desdenes
Llagas en mi corazón.

Rosa hermosa y primorosa
Que naciste para amar,

Rosa que eres reina y diosa,
Tu desdén me va a matar.

(**Recitado**).
Y así el ruiseñor cantaba
Noche a noche, tiernamente,
Mientras la rosa escuchaba
Su cantar, indiferente.

La rosa, viéndose amada,
Hizo lo que suele hacer
La mujer,
Y cambió con la avecilla enamorada,
Cruel desprecio por sus trinos sin iguales,
Crueles risas por sus males
¡Ay cuitado ruiseñor!
¡Canta, canta y calma el fuego de tu amor!
... ...
Y aquel amante sincero
Mordido del desengaño
Sepultar su pena quiso en suelo extraño,
Y una noche, lastimero,
Entonó su dolorido adiós postrero.

(**Música de "soleá"**).
Cielo azul de Andalucía,
Limpio y terso como el mar;
Conmigo la pena mía
Por no mancharte se va.

Cefirillo perfumado
Que vuelas de flor en flor,
Quiera Dios que, desdichado,
Nunca sepas qué es amor.

Peno de amor y mi pena
Muy lejos quiero llevar;

Acaso sin pena ajena
Pene quien me hace penar.

(Recitado).

Y el poeta ruiseñor enamorado
De la rosa
Primorosa,
Por aquel dolor cruento aguijoneado,
Voló lejos,
lejos,
lejos

(Descórrese el telón).

Y fué una tibia alborada
La que con suaves reflejos
Descubrió, tras la cortina
De una pampeana enramada.
Los arrullos amorosos
De la calandria argentina
Con un pájaro extranjero
Que en gorjeos harmoniosos
Dió al Amor, allende el mar, su adiós postrero.
¡Por desdenes de una reina de las flores!
Pero decidme, señores:
¿Cuándo arrullos que nacieron,
En arrullos se quedaron y murieron?

... ...

(A medida que declama los cuatro versos siguientes, la actriz se irá ocultando tras una verde enramada que se hallará al foro).

Arrullo a otro arrullo unido
Formando fueron un nido,
Y en ese nido de amor
Su cáliz abrió una flor.

(Por la enramada asoma poco a poco hasta avanzar al proscenio, la "Vidalita". Esta es una pre-

ciosa "gauchita" con sus prendas de vestir tradicionales).

(Música de vidalita).

Soy la vidalita,
Vidalita,
Que criolla nací;
Fué verde la cuna,
Vidalita,
En que me mecí.

En tierna enramada,
Vidalita,
Tengo mi morada;
Pero siempre vuelo,
Vidalita,
Por besar al cielo.

La Pampa Argentina,
Vidalita,
Me da frescas flores;
Y agua cristalina,
Vidalita,
En que bebo amores.

Amores muy puros,
Vidalita,
Puros como el agua,
Que voy derramando,
Vidalita,
En los corazones.

TELON

MARCO BRUTO

MONOLOGO DRAMATICO

ALGUNAS PALABRAS

Sin que ésto sea suponer ignorancia o mala memoria en el lector, he creído conveniente preceder mi monólogo de una breve noticia biográfica del personaje que en él aparece a fin de que el actor que le dé vida, comprendiendo bien su carácter le haga suyo.

Marco Bruto, tipo admirable de estoico, nació en el año 85 (antes de Jesucristo), y fué descendiente, según Plutarco, de Junio Bruto, aquel personaje famoso en la Historia de Roma, que, derribando al último de los reyes, fundó la República.

El carácter inflexible, el encendido patriotismo y la virtud absoluta fueron las tres mejores joyas del héroe de esta obrita, tres cualidades que por los sufrimientos que le causaron más parecieron vicios o defectos.

Porque vió en Julio César un peligro para el mantenimiento de la República, Marco Bruto dirigió la conspiración que acabó con la vida de aquél, mas ocurrió muy luego que nacieron las discordias y las guerras intestinas y como resultado de éstas, nuestro personaje se suicidó, no lejos del lugar en que sus tropas habían sido derrotadas, víctima de los más feroces sufrimientos físicos y dolores morales.

Porcia, hija del severo Catón, fué la digna esposa de Marco Bruto. De ella tan sólo diré, pues lo demás lo dirá el monólogo, que con su propia muerte se hizo inmortal.

La escena se desarrolla en Macedonia y en los tiempos de la antigua Roma.

Personaje:

MARCO BRUTO

Viste de general romano, lleva la cabeza descubierta, el cabello revuelto y en su rostro las huellas de la mayor pesadumbre.

Interior de un bosquezuelo. A la derecha del actor habrá un tronco caído o alguna piedra en la cual puede sentarse una persona. Es la hora del crepúsculo.

MARCO BRUTO

(Sin aparecer aún en escena).

Huid, los últimos romanos, salváos la vida! Acaso la Providencia sobre sus pasos vuelva y ponga en vuestras manos algún día al falso Antonio y al cobarde Octavio. Idos... que os lo suplico en nombre de la República!... Dejadme aquí con mis negros remordimientos, con mis recuerdos tristes, con mis dolores, con mis amarguras!... ¡Adiós...!

(Entra en escena por la izquierda y permanece breves instantes mirando hacia esa parte). (Con dolor y desesperación creciente).

¡El fatídico presagio se cumplió!

No en vano combatieron sobre el campo de la lid dos águilas gigantes, no en vano huyó la que sobre mi cabeza se cernía, dando horrendos graznido de dolor y rabia.

(Se encamina hacia el tronco o piedra. — Con desaliento).

¡Todo ha concluído!

(Se sienta ocultando el rostro entre las manos durante breves instantes).

¡Triste vida...!

(Con desesperación).

Mi juventud, mi amor, mi felicidad, mi existencia, todo sacrificado en aras de un ideal sublime para llegar a ésto...! ¡Ironía del destino! ¡Marco Bruto fugitivo!

(Pausa en que solloza con el rostro entre las manos. — Como quien vuelve en sí).

Mas ¿qué es ésto?... ¡Bruto... lloras...?

(Se pone de pié bruscamente).

¡César Rey! ¡Un rey en Roma...! ¡Jamás!... Si Junio Bruto derribó a Tarquino el Soberbio y fundó la República, sacrificando al puñal de Lucrecia el nombre de *rey*, Marco Bruto no podía menos que ser ingrato y alevoso homicida por conservar aquella magna obra. ¡Patria, Justicia, Virtud! por ellas y para ellas, vine yo al mundo!

(Pausa. — Hablando consigo mismo).

Mas ¿por qué me condeno? ¿de qué me arrepiento? ¿la vida que le quité a César no es la propia que él había quitado al pueblo romano? Si yo le dí muerte en el Senado fué porque él no diese muerte al Senado. A manos de los Senadores acabó; las leyes armadas le hirieron, sentencia fué, no conjuración!

(Pausa).

(De improviso y como alucinado).

¡César!... ¡Julio César!

(Rememorando a su pesar con mezcla de temor y repugnancia).

Todos le cercábamos, quién le rogaba por un hermano desterrado, quién, pidiendo para sí, los pies le tocaba, quién le tocaba el pecho,

quién le asía de las manos, hasta que molesto con tantas ceremonias levantóse y entonces fué cuando Casca, sacando un puñal le infirió en el hombro la primera herida. "Malvado Casca, ¿qué haces?" le dijo César asiéndole del brazo y en aquel instante la jauría le acosó feroz y al mirarme avanzar a mí con el puñal desnudo... ¡le veo, le escucho!... soltó la mano de Casca y con la sorpresa y el dolor reflejados en el rostro, "Tú también, hijo mío!" sollozó más que habló, y cubriéndose la cabeza con la toga se desplomó en el suelo, ensangrentado, y al verle huían en tropel confuso los conjurados, sordos a mis razones

(Con desprecio).

porque era en ellos delito lo que era virtur en mí! ¡Ellos movidos por ambiciones egoístas, veían en la sangre de César la acusación de su crimen; yo, movido por un ideal, veía surgir de la sangre de César la República con todo su esplendor y su pureza!

(Pausa en que torna a sentarse en el tronco de piedra. — Rememorando con placer y hablando suavemente).

Y tú Porcia, ¡amada Porcia! ¡Cuánto sufriste por mí hija divina de Catón divino!

La veo, la veo en aquellos terribles días en que se tramaba la conjuración, cuando triste por mis tristezas, perocupada por mi preocupación y ofendida por mi absoluta reserva, "Yo, hija de Catón, me dijo, me casé contigo no tan sólo para el consorcio de la mesa y del lecho, no; lo hice para ser tu compañera en la suerte próspera y en la adversa

suerte. No ignoro que es condición de mujeres el ser indiscreta, pero tu Porcia hace a esta regla excepción y porque prueba bien cierta tengas, ¡mira si no podrá guardar un secreto quien tan bien oculta el dolor!'' Y descubrióme la profunda herida que en la pierna se había abierto. Yo, ahogado por la sorpresa y el llanto lo confesé todo, completamente todo, y ella, ''Saldrá de mi cuerpo la sangre y el alma mas este secreto y tu amor los llevo conmigo a los silencios del sepulcro'', y echándome los brazos al cuello y estampando en mi boca un ósculo, ''Marco Bruto, agregó con energía, en nada tienes peligro. si matas, tu patria te debe su vida; si mueres, te debe por su vida tu muerte'' y se desvaneció... ¡Porcia! ¡Porcia! ¿quién ante tu actitud, quién escuchando esas palabras no hubiera sido capaz de cometer un parricidio a exigirlo la patria ... Cogí un puñal y ocultándolo bajo mi toga, me encaminé hacia el pórtico de Pompeyo a reunirme con los otros conjurados.

(Pausa. — De nuevo en el presente).

¡Todo perdido, todo sacrificado por una vana ilusión!

(Permanece con la vista clavada en el suelo hasta que bruscamente se pone de pie y desnuda la espada).

¡Allí, por allí vienen!

(Izquierda).

¡Bien sé que me buscáis a mí! Pero no, no seréis vosotros los que mataréis el ideal de la

República... ¡Junio Bruto lo trajo y Marco Bruto se lo lleva!

(Se clava la espada y cae. — Desfalleciente).

¡Virtud, virtud, te creí una realidad mas ya he visto que eres tan sólo un vano sueño...

(Muere).

TELON

CONFERENCIA
ENIGMATICO MODERNISTA

MONOLOGO COMICO

Personaje:

El Poeta Modernista

A GUISA DE PRÓLOGO

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO

(Fábula de Iriarte)

Ello es que hay animales muy científicos,
En curarse con varios específicos
Y en conservar su construcción orgánica
Como hábiles que son en la botánica;

Pues conocen las yerbas diuréticas,
Catáricas, narcóticas, eméticas,
Febrífugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas también, y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico
Un gato, pedantísimo retórico,
Que hablaba en un estilo tan enfático
Como el más estirado catedrático.

Yendo a caza de plantas salutíferas,
Dijo a un lagarto: ¡que ansias tan mortíferas,
Quiero, por mis turgencias semi-hidrópicas,
Chupar el zumo de hojas heliotrópicas.

Atónito el Lagarto con lo exótico
De todo aquel preámbulo estrambótico,
No entendió más la frase macarrónica
Que si le hablasen lengua babilónica.

Pero notó que el charlatán ridículo;
De hojas de girasol llenó el ventrículo;

Y le dijo: ya en fin, señor hidrópico,
He entendido lo que es zumo heliotrópico.

¡Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo
Aunque se fué en ayunas del catálogo
De términos tan raros y magníficos,
Hizo del Gato elogios honoríficos!

Sí, que hay quien tiene la hinchazón por mérito,
Y el hablar liso y llano por demérito,
Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
Cláusulas, y metáforas diabólicas,

De retumbantes voces el depósito
Apuran, aunque salga un despropósito,
Caiga sobre su estilo problemático
Este apólogo esdrújulo enigmático.

Y si es que no lo aplasta el tal apólogo,
Caiga con él también, este monólogo.

Una salita con puerta al foro. Junto a la concha del apuntador una mesita que clama por el conferencista.

A poco de levantarse el telón, aparece, en la puerta del foro, el Poeta Modernista. Después de contemplar por breves instantes a sus futuras víctimas, avanza en dirección a la mesita, con paso afectado y ridículo.

Comparado con nuestro personaje, Picio es un Adonis. El pobrecillo usa enmarañada melena, amplia y llamativa corbata y un descomunal sombrero chambergo.

EL POETA MODERNISTA

Inicia su discurso después de un breve silencio).

Super amados auditores:

(Descúbrese y arroja al suelo su sombrero como quien hace una gran proeza).

Vengo desde exótica y enhiesta alquería, apelado por fragantinas voces guturales femeniles, a expeler por mi cavidad bucal febles notas extraídas de entre las muchas que pululan, sumidas en soporífero marasmo alquímico y deletéreo, por lo cóncavos rincones de la armónica marimba de mi inspiración.

Yo soy de estos vates de olímpicas creaciones paradisíacas que, en tropel confuso de gálicos vocablos y en rútilos enervamientos de histéricos espasmos, cantan al lupanar inmundo y al placer orgiástico, cantan al mórbido afrodismo, y al tétrico esplín y a la neurastenia; y cantan... cantan... cantan.

(Con entusiasmo creciente).

Soy de estos vates cuyos versos de amaranto con efluvios de abadía luterana, son incienso y refrigerio del

decrépito Parnaso y espinosos abedules de vetustos clasicófilos. Soy de los electos, soy de los espectros, soy de los invictos, soy de los estáticos adoradores de lo estético y antiestético, veneradores de la libélula, del felino del humeante pitillo, del fragantino excremento, del ajenjo sin igual y de todo lo más raro y estrambótico que conciben cuantas masas encefálicas ambulan sobre el Orbe.

(Pausa.

Eustáquicas trompetas... ¡percibid!

(Después de gesticular ridículamente declama con mucha afectación).

Atardece, y en el subterráneo laberinto
Que chapitelea y ornamenta un piso quinto,
Clausura una vítrica armadura el vino tinto,
Que está, en verdad, orondo por venir de Corinto.
Todo, todo brilla con lindeza aperitiva
Bajo la luz flamígera que del sol deriva,
Penetrando furtiva por una estrecha ojiva,
Simulando combates entre Vichnú y Civa.

En blando repollo sus caricias cirujánicas,
Prodiga el cocinero con sonrisas satánicas,
Y piensa en prodigios de evoluciones orgánicas
Y en los faquires indios de leyendas brahamánicas.

Ingresa y egresa con agilidad de llama,
La bonitilla, dúctil y graciosa mucama,
Con su delantal blanco cual sábana de cama,
Siempre canturreando, como el pájaro en la rama.
Un gato de Angora con mística placidez
Maulla dormitando con tierna languidez,
Mientras el cocinero, solícito y cortés,
Modela una tortilla de huevos para tres.

(Después de aguardar el aplauso en vano). ¿No es verdad, auditores míos, que estos lineamientos poe-

tísticos que, a manera de zahones, finalizáis de recibir en vuestras trompetas eustáquicas, llegan hasta las profundidades más recónditas del elemento antimaterialístico y espirituoso de vuestro sér? ¿No es verdad que se os conmueve la bolsa estomacal y el páncreas, y que cuantos jugos lubrifican y pulimentan el bolo alimenticio, se revuelven con ansias de introducirse en la esclusa digestiva?

Pues bien; percibid esta filigranal compostura poetistíca de carácter escítico

¡La noche...!
Foceifiza de argento
Simula el firmamento
De noche,
En coche
Que no mueve ningún animal,
La luna triunfal
Desgarra el capuz
Con su láctea luz.
La fuente
Inconscientemente
Recita a Musset,
Mientras junto a ella
Preciosa doncella
Da fé
Y presta atención
A un joven galán
Que toca el trombón
Y baila el *Can-can*.
Los pavos reales
Pasean triunfales
Y van...
Y vienen...

Y vienen...
Y van,
Comiendo libélulas,
Cerúleas libélulas,
En tanto el dios Pan
Hace el haragán.
... ...
¡Oh noche!
¡Oh broche
Del día!
Tu alegre tristeza,
Es dulce maleza,
Maleza intrincada
Donde no veo nada.
... ...
¡Oh sueño!
¡Mi dueño...!
Un reloj templario,
Desde el campanario
Medio medioeval,
Ha hablado puntual
Con místico son
Diciendo: ¡dín! ¡dón!—

(Sorprendido al ver que no le aplauden).

¿No crotalorizáis con vuestras extremidades nobles? ¿No os pasma este espejismo simulador de la realidad realística...

(Con ira).

¡Vuestros pabellones auriculares, más que tales, parecen forzados imbornales de un naufragante bajel!

(Furioso).

¡Liliputienses de regiones prosaicadas e imbuidos de antiguallas y vetusteces! ¡Macrobióticos, macrocósmicos, macrocéfalos!

(Pausa en la cual se pasea agitado y nervioso).

(Encarándose con un espectador).

¿Y vos?... ¿nada habéis inteligenciado?... ¡Durmiente!

(Continúa su paseo y repentinamente se detiene en el centro de la escena).

¿Que no me entendéis, inferamados auditores...?

(Desdeñoso).

¡Bah...! ¡yo no escribo para vosotros; yo no escribo para hoy, ni para mañana, sino... para pasado mañana!

(Gira con rapidez sobre los talones y se marcha resueltamente por el foro).

TELON

INDULGENTE

Arreglo y traducción del monólogo cómico
escrito en Francés por MADAME THENARD,
(de la Comedie Française).

Personaje:

Una niña

Una salita elegantemente amueblada

LA NIÑA (entra sonriendo amablemente, observa al público breves instantes y luego se dirige a todo el auditorio).

Ustedes son como yo?... Sí... Sí, no hay duda. Ya lo veo, estoy segura! Ustedes son como yo!

Tengo yo un carácter encantador... Mal está que yo misma lo diga pero es que... a la verdad, tengo una naturaleza ¡tan exquisita!... Todo lo encuentro bien, todo lo encuentro bueno, todo lo encuentro bello; jamás critico nada... Para mí, todas las mujeres son bonitas y todos los hombres... bonitos. En fin, soy la indulgencia personificada.

(Pausa).

¡En este mundo es menester ser indulgente, muy indulgente! Por ello es que yo lo soy en tan alto grado...

"Inter nos", se acuerdan ustedes de la última comida de nuestra amiga? ¿Se acuerdan?... El jueves!

(Muy amablemente).

¡Qué encantadora persona, verdad?...

¡¡Qué mujer deliciosa!!...

(Pausa en que observa al público con aire de condescendencia).

Solamente que... se viste mal. Y en cuanto a la manera de recibir a la gente... Por otra parte, es bastante antipática, pero bastan-

te... ¡Por supuesto, esto queda entre nosotros, no es así?...

(Pausa).

Su comida...

(Riendo).

Era mala verdad?... La sopa estaba fría; el helado caliente, ¡era atroz!... Pero... en nada me afecta esto a mí y por eso me callo la boca... Mas si no fuera tan indulgente como soy. Otra persona diría... ¡oh!...

(Interrumpiendo la frase afectadamente).

Y sus hijos? ¡qué amorcitos!... Yo adoro a las criaturas. Eso sí, mi indulgencia para con los bebés raya en lo increíble... Pero en lo que respecta a estos... ¡¡están muy mal educados!!! El otro día le decía yo a mamá: "Si yo tuviera hijos como éstos, los haría pedazos!"... ¡Si son unos monstruos!

No ha mucho tiempo les invité a pasar el día en casa.

(Suspira exageradamente).

Uf! Qué día!...

Empezaron por saltar sobre los muebles, tocaron todo, arrancaron mis flores, transformaron mis sillones en caballos...

(Pausa).

¡Oh!... yo que soy tan indulgente, los tomé de un brazo y los encerré en el granero hasta la tarde. ¡Gritaron, lloraron!... Yo, como si tal cosa...

Al volver a su casa, le dijeron a su madre:

(Imitando la voz).

"¡No queremos ir más a lo de la señora!" y bien, yo no lo he pedido, muy al contrario,

no quiero que vuelvan a pisar la casa de... "la señora"... Oh, no... muchas gracias...

Todo eso es culpa de su padre!... Yo soy, ustedes lo saben, muy indulgente para con los hombres!... Tienen tanta necesidad de indulgencia los pobrecitos!...

Pero, verdaderamente, este es un torpe. No tiene enegía, no tiene voluntad... Jamás he visto un hombre igual.

(Ríe).

Cierto es que para casarse con esa mujer se necesitaba que fuera...

(Ríe fuerte).

Son tal para cual...

(Pausa).

Indulgente y todo, no pude menos, la noche de la bendita comida, al despedirme de nuestra común amiga, que decirle

(Sonriente).

—Querida señora, yo soy muy indulgente, ¿sabe usted...? pero, verdaderamente, usted no sabe recibir a la gente.

—Usted se viste mal.

—No tiene usted ni un poquito de gracia.

—Sus niños son mal educados.

—Su marido es más tonto que un ganso.

—Recibe usted visitas con cabezas de asesinos... Por cierto que todo esto, como yo soy indulgente, me lo guardo, pero esté usted segura que otra, no tan indulgente como yo, se lo diría a usted bien clarito.

(Al público).

Todo el mundo es como yo, ¿verdad?...

(Va a salir).

Ustedes lo han visto? Soy indulgente... Cuando yo me retire... ¡chitón!... no digan nada malo de mí!... Se los prohibo terminantemente!

(Con un signo de amenaza cómica).

Pobres de ustedes!...

(**Vase**).

TELON

¡NO QUIERO FUMAR MAS!

MONOLOGO COMICO QUE RECITABA

COQUELIN - CADET

Personaje:

Augusto

TELON CORRIDO

AUGUSTO (edad mediana. Después de observar muy serio al público, comienza en tono violento.)

¡No quiero fumar más! Es ya cosa resuelta!
(Se sienta).
No sé qué puede encantarme en el fumar... ¡nada! ¡no quiero fumar, no. es inútil!
(Recalcando las palabras).
¡No quiero fumar más!!
(Pausa).
¿Hay algo peor que la nicotina?... ¡No!... ¿Sirve para algo?... ¡No! Por otra parte, ¿no le disgusta a mi Valentina el verme eternamente con un *londres* monstruoso y antiestético y ridículo en la boca...? ¡Sí!

Y... el *londres*... vaya y pase... aunque no debe pasar, pero el cigarrillo, ¡el cigarrillo!! ¡¡el cigarrillo...!! ¡Oh! No tiene nombre! Eso sí que hace mal, es un veneno activísimo, un tóxico brutal, un elemento destructor del organismo. Descompone la sangre por completo, ataca furiosamente al pulmón y poco a poco mina el páncreas, el hígado y... aún el bazo.

El apetito desaparece, la lengua y el paladar se secan, la piel se pone ardiente, el pulso desigual... ¡Grave advertencia! — Sin embargo uno fuma y fuma hasta el momento

en que... ¡apropósito! Conocía yo un artista, un trombón! Era gallardo, robusto, ¡un verdadero tonel!

Pues un día estaba leyendo no sé que libro humanitario, cuando muy calladito se deslizo de su sillón hasta el suelo..., fulminado... ¡fulminado por el abuso del tabaco! Hacía ochenta años que fumaba, cuando... ¡¡¡Crac!!!

¡Horrible! ¿no es verdad?...

(Cambiando de tono).

Tenía yo cinco años justos: era rubio y muy lindo. En cuanto a mí nombre era... y es siempre ¡Augusto!

Halagado en todo, mimado, provisto siempre de los bombones más finos, adorado por mi madre, vivía, sin embargo triste, encontraba la vida amarga, pues estaba poseído de un insensato deseo por cuyo logro hubiera yo dado todo, completamente todo.

La tarde en que mi padre, después de haber comido, envuelto en su *robe de chambre* sacaba del estuche aquella pipa de brezo y ambar, y encendiéndola, lanzaba el humo hacia el techo, envidiaba yo su felicidad, su dicha, al mirar elevarse aquel humo en mil espirales azuladas, y por la noche, en alas de un dulce sueño veía un angel hermoso que me traía mucho tabaco del cielo.

Torneme melancólico, sombrío, taciturno, todos mis juguetes se me hicieron antipáticos, sin razón ninguna me ponía yo de mal humor. Una idea, solo una idea me dominaba: ¡fumar la pipa!

Un domingo en que me hallaba solito en casa, llené mi ardiente deseo. Con mano temblorosa y helado de miedo, cojo el ansiado objeto y... ¡lo quiebra! ¡¡Sólo el fogón bruñido de la pipa me queda entre los dedos!!

Más asustado que una liebre o que un ciervo perseguido, gano el granero, allí me oculto; temblando, febril, aspiro el aroma que despide el trozo de pipa... ¡oh delicioso perfume! aquello me enloquece; lo llevo a mis labios y doy varias pitadas rabiosas, embriagadoras y voluptuosas.

Bien pronto, ¡qué recuerdo cruel y lamentable! todo gira en derredor. Un hipo formidable y extraño vino a turbar mis placeres. Siento que un malestar horrible me invade, me domina, me vence, me aprieta el corazón... Gateando, bajo al salón, llego a un canapé de color celeste y allí ¡oh dolor! como un pájaro herido, me arrojo y... cambiamos lo dos de color.

En tan crítico momento mis padres entraron; derramando amargas lágrimas, les confesé mi monstruoso crímen... me acostaron en mi lecho.

Buenos y caritativos me absolvieron de culpa y cargo, haciéndome ingerir varios litros de té.

Lo grave que estuve es inimaginable: juré por todos los santos que, si no moría, jamás volvería a fumar... ¡Perjuro abominable!

¡Juramento de borracho! ¡todo se lo llevó el viento!...

(Pausa. — Resuelto).

Sin embargo, yo me empeño en no fumar desde hoy en adelante... ¿Qué no haré yo por agradar a Valentina?

(Maquinalmente extrae un pitillo del bolsillo. — Rememorando con deleite).

Fué en Pecqs, que al verla una mañana del florido mes de mayo, sentí herido el corazón. De la enramada se expandía por todas partes el concierto anual de la primavera, y este ambiente, estos vagos murmullos, iban ajustando poco a poco ciertos lazos misteriosos en derredor de mi corazón de veinte años. De pronto la veo aparecer en una vuelta del camino. Venía hacia mí; tórtola solitaria, guiábala el instinto hacia su compañero. Sueltos al viento sus cabellos de angel,

(Extrae del chaleco una fosforera).

sus piececitos se deslizaban suavemente, su discreto corpiño revelaba castamente su talle de sílfide. Estaba blanca y dulce como la aurora. Yo, en mi arrobamiento, volé a su lado: suplicante, pero de una manera soberbia le pinté mi amor... de rodillas. La pobrecita asustada, tímidamente me respondió...

(Enciende una cerilla y sorprendido al reparar en la llama grita).

¡¡¡Bobo, más que bobo!!! ¡¡¡cretino!!!... ¡¡¡borrico, asno!!!...

(Arroja el pitillo y habla al público).

Y vosotros que me veis tomar un cigarrillo, vosotros, me escucháis tranquilamente... ¡En lugar de gritarme: ¡Detente, Augusto, detente!''... ¡Es que no me amáis¡... ¡Vosotros deseáis mi muerte!

(Próximo al llanto).

Después de todo, tenéis razón!... ¡¡¡Os importa muy poco que un carro fúnebre me conduzca a la última morada... Verdugos!!!

(Pausa).

¡Adiós!... Voy a encerrarme sin tabaco y sin papel... ¡No quiero fumar más!

(Váse sollozando).

INDICE

DEL MISMO AUTOR

Justicia Militar Argentina. 1 (vol.)

Legislación de minas. (1 vol.)

Manual de Ingeniería Legal. (1 vol.)

Historia del Derecho Marítimo. (1 foll.)

Los grandes jurisconsultos, literatos y filósofos de Roma. (1 vol.)

La disciplina y el Código Argentino de Justicia Militar. (monografía incluida en la obra "Ensayos".)

El Derecho penal en el Fuero-Juzgo. (monografia)

El Derecho. (1 foll.)

Ensayos. (1 vol.)

La mujer en la antigüedad. (1 vol.)

Asichys. (exposición amena de los principios ético-jurídicos de Egipto). (1 vol.)

La Fábula. (1 foll.)

El Madrigal. (1 foll.)

El epigrama. (monografía incluida en la obra "Ensayos").

Un poeta de incógnito. (1 foll.)

Monólogos y poesías recitables para niñas. (1 vol.)

Soliloquios del Dr. Honbcai. (1 foll.)

El Dr. Honbcai. (1 vol.)

Derecho Romano.-Prolegómenos. (1 vol).

Monólogos. (2.ª edición.-1 vol.)

Monólogos

H. H. DOBRANICH

